

EL POEMA, EL CARTEL Y EL LIBRO

Miguel Ángel Hinojosa Carranza

Rubén Bonifaz Nuño escribió en 1956: “SIEMPRE ha sido mérito del poeta comprender las cosas; sacar las cosas, como por milagro, de la impura corriente en que pasan confundidas, y hacerlas insignes, irrefutables frente a la ceguera de los que miran”.¹ En este sentido, *Sueños de papel. El cartel cinematográfico mexicano en la época de oro*,² es un poema y, por ende, su autor, Armando Bartra, un poeta, para comprobarlo sólo basta considerar por un lado, una parte del título: *Sueños de papel*, o los nombres de algunos de sus apartados: “Otra manera de ver”, “Persistencia de lo efímero”, “Tiempos áureos”, “Nuestros astros”, “Las paredes hablan”, “Carteles en llamas”, “Ingenieros de almas”, “Encuentros cercanos”, “Transterrados”, “Peñas de café”, entre otros que, tan sólo por la belleza de lo en ellos dicho, nos dejan ver la sensibilidad de su contenido.

¹ Rubén Bonifaz Nuño, “Poesía I”, en *Antología general*, UNAM / Gato Negro Ediciones, México, 2009, pp. 41-42.

² Armando Bartra, *Sueños de papel. El cartel cinematográfico mexicano de la época de oro*, UAM-Xochimilco, México, 2010.

También, habremos de considerar que el autor toma como eje de su libro los carteles cinematográficos de la época de oro del cine mexicano, los saca de las paredes, de las calles, de los postes, de las vitrinas y exhibidores de los cines, es decir, los extrae del lugar común, de lo cotidiano, para traerlos a la memoria, para hacer que los recordemos, para pasarlos de nuevo por el corazón y verlos de manera distinta a como les vemos cotidiana, sencillamente, y los muestra a lo largo de todo el libro, los analiza, los disfruta y los comparte pero sobre todo, los eleva a dimensiones fuera de lo común, dice Armando en la página 15, que “los carteles son *insinuantes sirenas multicolores* apostadas junto a los cines, *llamados visuales* destinados a atrapar al desprevenido peatón y llevarlo a la taquilla [...] son una probada de lo que nos aguarda en la pantalla, *son las estrellas a nivel de banqueta, son sueños de papel*”.

El cartel, primo hermano de las hojas volantes, de los folletos, de las estampas, de las tarjetas postales, de las imágenes impresas: religiosas, de noticias, de fotografías, de servicios; sustentador de manifiestos e ideas libertarias, pariente de los

calendarios, de los anuncios de todo tipo: de farmacias, sombrererías, restaurantes, peluquerías y lo demás que se nos ocurra; amigo de los almanaques, de los álbumes, de las agendas, de las tarjetas de presentación, de las invitaciones para fiestas: bautizos, primera comunión, XV años, bodas, etcétera; vocero de las obras de teatro, de las luchas, del box, de los espectáculos de magia, de los acróbatas, de los payasos, malabaristas del circo y de atracciones de la feria. En su ser habitan: la mujer barbuda, el hombre más fuerte del mundo, la mujer serpiente, los enanos, “la madre abnegada, el charro cantor, la noviecita santa, la mujer fatal, el desalmado, [y] el chistoso” (p. 43). El cartel, medio idóneo para publicitar los espectáculos, las corridas de toros, las charreadas, los palenques, las jaripeadas, los bailes, los conciertos de rock y de todos los géneros, los espectáculos de cabaret y el burlesque; el cartel, pariente cercano de las portadas de libros, de las revistas y de los discos; el cartel, el cartel, el cartel, dónde no lo vemos, qué temas no le atañen, qué colores, qué imágenes, qué tipografías no le han pertenecido, todo el mundo, toda la historia cabe dentro del cartel.

Pero en *Sueños de papel* Armando no sólo se fija en el afiche terminado, él supo ver el valor estético y el valor social de un cartel; así, en este libro considera brevemente su proceso o génesis, narra desde la concepción hasta el fin del mismo, observa la tipografía en la composición simétrica, en los colores, las imágenes, las técnicas para su elaboración. Bartra no es un observador más, tiene una manera

distinta de ver al mundo, de verlo todo, las películas, los afiches, sus creadores; los que aparecen en el papel o en la cinta proyectada, pero también a quienes no se ven, los que están detrás de las cámaras, escriben el guión, dirigen, diseñan el vestuario, escogen las locaciones, crean los escenarios, maquillan, iluminan, o; en los talleres, quienes partiendo de la nada, de simples fotografías, de platicas de lo que va la película que habrán de publicitar, de recortes, de la experiencia que trae el ser obreros del diseño, seres llenos de tinta, de ideas, de creatividad, de arte, de necesidades.

El cartel es, dice Bartra, un “llamado coyuntural, obra de circunstancias, su seducción está en su fugaz trascendencia, en que tiene el poder de remitirnos, sin más preámbulo, a su gozosa o trágica circunstancia” (p. 135); y asevera: “Los carteles son, entonces, sueños de sueños, sueños de papel que remiten a otros sueños, los sueños de luz que se despliegan sobre las pantallas de plata” (p. 130).

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Ahora, les pido por favor que imaginen al autor dentro de un gran laboratorio lleno de máquinas, mesas repletas de herramientas, papeles, libros, revistas, maquetas, computadoras, botones, luces, y tubos de ensayo; vestido él, con su enormidad como ser humano, de una bata blanca impecablemente arrugada, con las mangas cortas, desabotonada y a

él, con un peinado/despeinado muy a la Albert Einstein; porque además de poeta resulta que también es un científico, que ha inventado-escrito una *máquina del tiempo* que es este libro. Porque *Sueños de papel* nos lleva y nos trae de un lado a otro por la historia, nos hace evocar tiempos idos, tiene historia, mucha historia: de nuestro país, del mundo, del cine, sus creadores, sus estrellas, su sindicato y monopolio, así como por la vida y obra de los cartelistas, sus periplos y peripecias.

Bartra se remonta a la creación del cartel desde su primer fin que es el puramente comercial, al publicitar las obras de teatro, la ópera, los conciertos y el *vaudeville* de la Francia de mediados del siglo XIX, y a finales del mismo siglo al comenzar a promocionar las primeras exhibiciones de cine, no sólo en ese país, sino además, en Reino Unido, España, Rusia, Alemania y Estados Unidos. El autor considera también el tránsito que tuvieron los carteles y sus creadores, no sólo de sus primeros diseños con fines netamente publicitarios y su traslado hacia el ámbito social, en donde en mucho prevalecía un posicionamiento político ante los acontecimientos bélicos, como la Revolución Mexicana, la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial, entre otras confrontaciones no sólo bélicas, sino también ideológicas, entre libertarios y conservadores, por ejemplo, cuando los cartelistas tomaron los afiches como forma idónea para promover tanto a partidos políticos como al antifascismo. Además, Bartra menciona brevemente el surgimiento de la litografía

y nos lleva a finales del siglo XVIII, cuando el austriaco Aloys Senefelder la inventa, a partir de ahí se multiplica su uso y a mediados del siglo XIX se perfecciona con la cromolitografía y con ello, nos dice el autor: “además de precisión y textura las imágenes reproducidas adquieren colorido” (p. 54).

Así, en este libro se hace un breve seguimiento de la historia de los carteles, de sus diseñadores y del contexto social en el que éstos desarrollaron sus trabajos, principalmente en el México de mediados del siglo XX y de su gente, de su forma de ser y entretenerse, de la radio y lo que escuchaban: la XEQ, la XEW, el Monje Loco, las radionovelas, los locutores y cantantes, los discos y sus autores: Agustín Lara, Pedro Infante, Los Panchos, Jorge Negrete, Esperón y Cortázar; lo que leían en periódicos, revistas e historietas, con personajes tan inteligentes y llenos de humor, tan bellos y entrañables para varias generaciones de mexicanos, como por ejemplo, los de *La familia Burrón*, del buen Gabriel Vargas, más que monero, uno de los mejores sociólogos del México urbano; también se nos remite, de pasada, al teatro, a las carpas repletas para ver a Cantinflas, Tin Tan, Resortes, Tongolele, etcétera. Pero fue el cine de esa “época de oro” y su necesidad de publicidad el que dio la pauta para el trabajo de cartelistas tan destacados como Josep y Juanino Renau, Ernesto García Cabral, Juan Antonio Vargas Ocampo, y su hijo, Juan Antonio Vargas Briones, Leopoldo Méndez, Heriberto Andrade, José Luis Palafox, Roberto Ruiz,

Gabriel Fernández Ledesma, Francisco Díaz de León, José G. Cruz, entre otros, que dejaron su trabajo plasmado en carteles para películas como: *Sacrificio por amor*, *Malditas sean las mujeres*, *Mi candidato*, *Los de abajo*, *Cantinflas boxeador*, *El fanfarrón*, *Dos tipos de cuidado*, *El puerto de los siete vicios*, *Allá en el rancho grande*, *Necesito dinero*, *Camino al infierno*, *Nosotros los pobres*, *Doña diabla*, y un largo etcétera. Como pueden imaginar, en lo relativo a nuestro país, el autor es prodigo, sumamente generoso y descriptivo al dar un panorama enorme de nuestra sociedad.

Por ello, *Sueños de papel* también nos pone nostálgicos, nos hace añorar las grandes salas de cine que daban cabida en su útero a casi tres mil personas en una sola exhibición, en la Ciudad de México son memorables, entre otros muchos, el Cine Ópera, el Regis, el Palacio Chino, el Magestic, el Cine Teresa, el Palacio, el Olimpia, el Diana, el Arcadia, El Cine Latino, etcétera, así como sus intermedios para el disfrute de las palomitas, los muérganos, los refrescos, los gaznates, el cigarrito, pero sobre todo, añoramos el poder caminar por sus amplios pasillos en donde se exhibían, se disfrutaban, los carteles de las próximas películas.

Mas, no todo son nostalgias ni reminiscencias, éstas en gran medida surgen de mí, de mis añoranzas porque en realidad, *Sueños de papel* se sustenta en una amplia y minuciosa recopilación de información, está documentado firmemente a partir de la investigación tanto de libros como de revistas de la época, y de los pocos textos

actuales referidos al tema. De hecho, parte sobresaliente de este libro es la bibliografía comentada por el autor, quien además de su trabajo de investigación de varios años, reúne en estas páginas una pasión, un amor de varias décadas por el cine, lo mexicano, lo popular, la cultura, la música; aquí vemos a un Bartra que se desnuda ante nosotros, mostrando su pasión por México y los mexicanos, que nos va contando sus amores pero en lugar de ponerles nombre o cuerpo de mujer, nos dice con su escritura, cuánto ama y le atrae la cultura nacional, la “alta” y la “baja”. Así, este libro es una maraña de múltiples cintas donde bailan nuevamente las rumberas, se lucen en lances espectaculares el Santo, El Cavernario, Blue Demon y Huracán Ramírez; reviven Joaquín Pardavé, Dolores del Río, Pedro Infante, María Félix, Arturo de Córdova, y más, muchos más.

Lugar especial en *Sueños de papel* y en el corazón de su autor, por obvias y varias razones y sinrazones, es decir, por cuestiones emotivas, de vida, lo tienen los apartados: “Los trasterrados” y “Peñas de café”, en éstos se siente-lee a un Bartra más amoroso todavía que en los apartados relativos a su también, muy amado México y sus habitantes. Aquí empiezan a desfilan nuevamente nombres y vidas e historias de gente entrañable para nuestro país: León Felipe, Miguel Prieto, José de la Colina, Francisco Rivero Gil, Josep y Juanino Renau, Tomás Segovia, Ernesto Guasp, sus vidas, sus trashumansias, sus caminos que confluyeron de una y otra manera, por una y mil razones, y para fortuna nuestra, en

México, la poesía, la literatura, el mundo de las letras, la universidad, el cine y sus carteles.

Sueños de papel es interesante además, porque en cierta medida nos hace ver que nosotros, los seres humanos, somos como carteles andantes que vamos de aquí para allá, y al revés, multicopiándonos, multiplicándonos, perdiendo y agarrando color, volviéndonos a veces un poco grises, a veces un poco más brillantes, exhibiéndonos en espera de que alguien nos mire, nos saque de la cotidianidad, de la multitud, y vea en nosotros, lo que Bartra ve en el cartel cinematográfico de la época de oro del cine nacional, no sólo un pretexto para escribir un libro más, sino que, si se nos mira bien, somos

interesantes porque en el cartel y en el ser humano, convergen múltiples historias, uno y otros somos confluencia de avances tecnológicos, de sucesos personales y sociales, nos hacemos mutuamente, somos una obra de arte andante, efímeros en un sentido, pero permanentes al transmutar de manera constante, infinita. Dijo el filósofo catalán Eugeni d'Ors que: "el cartel es un grito pegado en la pared", y el cubano, Reinaldo Arenas, escribió: "Grito, luego existo". Quizá sólo somos eso: un grito y un cartel que se multiplican de maneras muy distintas como un eco interminable, un poema que no ha salido de la cotidianidad. Somos, por así decirlo y en palabras de Armando Bartra: *persistencia de lo efímero*.